

Stephen Kinzer

Putin y Zelenski: pecadores y santos que encajan en nuestro relato histórico

Mientras la guerra hace estragos en Ucrania, todo es felizmente pacífico en el frente interno. Los estadounidenses han abrazado la narrativa oficial. Ninguna película occidental había trazado la línea del bien contra el mal de forma tan clara y cruda. La Casa Blanca, el Congreso y la prensa insisten en que Ucrania es la víctima inocente de una agresión no provocada, que las fuerzas rusas amenazarán a toda Europa si no se las detiene y que Estados Unidos debe permanecer junto a Ucrania “todo el tiempo que sea necesario” para asegurar la victoria.

Disentir de este consenso es prácticamente imposible. Incluso en el periodo previo a nuestra invasión de Irak en 2003, algunas voces solitarias clamaron por la moderación. Desde que nos lanzamos a la guerra de Ucrania, esas voces son aún más difíciles de encontrar.

Hoy se considera herético, si no traición, sugerir que todas las partes en el conflicto de Ucrania tienen algo de culpa, argumentar que Estados Unidos no debería verter armas sofisticadas en una zona de guerra activa, o cuestionar si tenemos algún interés vital en el resultado de este conflicto. La estricta imposición de una zona de exclusión aérea ha sofocado el debate racional sobre Ucrania.

En los pasillos del poder político en Washington, Ucrania se ha convertido en una idea casi mística. Es menos un lugar geográfico que un plano cósmico en el que se desarrolla una batalla decisiva para el futuro de la humanidad. La guerra se ve como una oportunidad gloriosa para que Estados Unidos ensangrienta a Rusia y demuestre que, aunque el equilibrio del poder mundial esté cambiando, nosotros seguimos mandando.

La explosión de amor apasionado de Estados Unidos por el presidente de Ucrania, Volodímir Zelenski, fue el triunfo de una irresistible campaña mediática. Se le presentó como el nuevo héroe mundial de la libertad. De la noche a la mañana, su imagen apareció en escaparates y páginas de Internet.

En la esquina opuesta hay otra caricatura, el presidente Vladímir Putin de Rusia, retratado como epítome de todas las cualidades viles y degeneradas. Él satisface nuestra necesidad de centrar el odio no en un país, un movimiento o una idea —eso es demasiado difuso—, sino en un individuo. Durante años, nos deleitamos con nuestra superioridad moral sobre némesis pintorescas como Castro, Gadafi y Sadam Husein. Putin encaja perfectamente en esta constelación. Tener un enemigo tan caricaturescamente malvado es casi tan tranquilizador como tener al santo Zelenski como aliado.

Poco después de que estallara la guerra el año pasado, el Congreso votó a favor de destinar 40.000 millones de dólares en ayuda a Ucrania. Lo sorprendente no fue sólo la cuantía del paquete, sino el hecho de que todos los demócratas votaran a favor. Sólo 11 senadores y 57 miembros de la Cámara, todos republicanos, se opusieron. La prensa aplaudió.

Ningún país que está en guerra, directamente o por delegación, fomenta el debate sobre si la guerra es una buena idea. Estados Unidos no es una excepción. Abraham Lincoln y Woodrow Wilson encarcelaron a los críticos de las guerras que emprendieron. Algunos opositores a la guerra de Vietnam fueron procesados. La fantasmal ausencia de debate sobre nuestra implicación en Ucrania marca la última victoria de la narrativa oficial.

La Guerra Fría fue posiblemente la narrativa más poderosamente desarrollada de la historia moderna. Durante años, a los estadounidenses se les hizo creer, y así fue, que estaban mortalmente amenazados por un enemigo que podía atacar en cualquier momento, destruyendo Estados Unidos y acabando con toda esperanza de vida significativa en la Tierra. Ese enemigo estaba en Moscú.

Para entonces, los estadounidenses ya estaban acostumbrados a ver a Rusia como la encarnación de “el otro”, la fuerza de la barbarie que siempre amenaza a la civilización. Ya en 1873, un caricaturista estadounidense describió a Rusia como un monstruo peludo que competía con un apuesto Tío Sam por el control del mundo. Ese arquetipo resuena a través de las generaciones. Como la mayoría de la población, los estadounidenses se movilizan fácilmente para odiar a cualquier país que se nos diga que odiamos. Si ese país es Rusia, tenemos generaciones de preparación psíquica.

Se puede perdonar a los políticos de Washington por lanzarse a la guerra contra Ucrania. Suponen que los votantes, que tienen preocupaciones más acuciantes, no les castigarán, y que los fabricantes de armas les recompensarán generosamente. Menos perdonable es la actitud de la prensa. En lugar de desempeñar su supuesto papel planteando preguntas incómodas, se ha convertido en gran medida en la principal animadora de la narrativa oficial sobre Ucrania.

Casi toda la información sobre el frente de batalla procede de “nuestro” bando. Leemos una avalancha interminable de historias sobre atrocidades rusas y otros ultrajes. Muchas de ellas son sin duda correctas, pero el desequilibrio en la información nos lleva a suponer que el ejército ucraniano no comete crímenes de guerra. Un informe de Amnistía Internacional sobre el uso de escudos humanos por parte de los ucranianos en combate fue recibido con indignación y condena. El mensaje es claro: la justicia está de un lado, por lo que la información desde el terreno debe reflejarlo.

Muchos de los que escriben sobre este conflicto parecen creer, como sus predecesores durante la Guerra Fría, que el gobierno de Estados Unidos es un equipo y que la prensa tiene su papel en asegurar la victoria de nuestro equipo. Esta opinión es la muerte para el periodismo. La prensa no debe estar en el equipo de nadie. Nuestro trabajo es desafiar las narrativas oficiales, no amplificarlas sin sentido. Esa es la diferencia entre el periodismo y las relaciones públicas.

Para quienes fuimos corresponsales de guerra en una época en la que se informaba de los conflictos desde diversas perspectivas, la unilateralidad de la información sobre Ucrania es de lo más sorprendente. Yo cubrí a sandinistas y contras, a serbios y croatas, a turcos y kurdos. Aquellas experiencias me enseñaron que, en los conflictos, ningún bando tiene el monopolio de la virtud. Hoy a los estadounidenses se nos dice lo contrario. Nos alimentan con una narrativa infantil en la que toda la virtud está en un bando y todo el mal en el otro.

La falta de voluntad de la mayoría de los corresponsales de guerra para cubrir la guerra de Ucrania desde ambos bandos se refleja en las páginas editoriales y de opinión. Ningún periódico importante parece plantear preguntas fundamentales sobre esta guerra.

¿Está justificado que Putin no quiera bases enemigas en su frontera? ¿Debemos contribuir a la muerte de miles de personas para hacer política? ¿Hemos contribuido a provocar la guerra? ¿Qué proporción del ejército ucraniano es pronazi? ¿Por qué le importa a Estados Unidos dónde está trazada la frontera del Dombás? ¿Deberíamos tener en cuenta la reputación de Ucrania como uno de los países más corruptos del mundo antes de enviarle enormes cantidades de ayuda? ¿Es este conflicto realmente un enfrentamiento titánico entre democracia y autocracia, o simplemente otro incendio forestal europeo?

Incluso mientras Estados Unidos se hunde cada vez más en la guerra de Ucrania, estas preguntas se consideran de mala educación. El asfixiante consenso que une a nuestros partidos políticos y medios de comunicación impide un debate reflexivo. Uno de los peores resultados de la guerra de Ucrania ya está claro. Ha provocado un nuevo cierre de la mente estadounidense.

[Fuente: [Ctxt](#). Stephen Kinzer fue corresponsal jefe del New York Times en Nicaragua entre 1983 y 1989. Trabajó más de veinte años para ese diario, también al frente de sus oficinas en Alemania y Turquía. Autor de *Blood of Brothers: Life and War in Nicaragua*. Actualmente, imparte clases de Periodismo y trabaja para el Instituto Watson de Asuntos Públicos Internacionales de la Universidad de Brown (EE. UU.). Este artículo fue publicado originalmente en [Globalter](#)]